

REFLEXIONES EN TORNO A LA VIOLENCIA

AÍDA LETICIA GARCÍA JUÁREZ*

Desde que el hombre surge sobre la faz de la tierra ha luchado por sobrevivir, por adaptarse al medio pero transformándolo, este ha sido el único ser animal que ha logrado no solo adaptarse sino modificar el medio a sus necesidades.

Al igual que los demás animales el hombre debe su supervivencia a su agresividad, instintivamente lucha por sobrevivir, y en esa lucha también fue evolucionando, logró la transformación de su medio; la agresividad es un instinto innato que permitió al hombre perdurar al paso del tiempo y ponerse a la cabeza en la evolución de las especies.

Esta hegemonía también ha dado al hombre otras características que desarrolló a lo largo de la convivencia social, en él se observa que a la par de la agresividad para conquistar el medio, y que lo lleva a ser mejor, también desarrolla una actitud para rendir a los demás seres y ejercer un dominio sobre ellos, lo cual le llena de poder y lo envanece, al punto que tal agresividad la convierte en violencia, con la que logra ser o sentirse superior.

La violencia no es el instinto por sobrevivir, sino una actitud de poder sobre otros. La violencia es un fenómeno social, y es en la sociedad donde la vemos reflejada desde diferentes matices y escenarios. Esta violencia acompaña al hombre en todas sus etapas de vida, se va gestando, forma parte de su día a día, se aprende y es ahí donde radica su poder, su importancia y la dificultad para erradicarla.

El niño desde que nace e interactúa con su medio, comienza a ser parte de un núcleo social, la familia, en la cual se generan diversas interacciones entre sus miembros, formas de convivencia que el menor aprenderá y marcarán su manera de relacionarse y la construcción de lazos con otras personas.

* Catedrática de la Licenciatura en Criminología y Criminalística de la Universidad De La Salle Bajío.

En México, en la mayoría de los hogares se educa a los hijos con violencia, se establecen relaciones de conveniencia y temor, más que de respeto y amor, los niños obedecen a sus padres no porque los respeten o porque aprendan que es lo óptimo, sino porque temen al castigo, tienen miedo a la amenaza que conlleva la orden dada por el padre o la madre, no hay diálogo que permita hacerles ver las necesidades del hogar y la importancia de su participación en ellas; no hay negociación, simplemente se les ordena cumplir con las obligaciones impuestas.

Los niños tienen en sus hogares más obligaciones que derechos, y el cumplimiento a esas obligaciones generalmente va acompañado de imposiciones, órdenes, coerción o chantaje, mientras que en muy pocos casos de convencimiento, o de invitación a hacerlo partícipe de la dinámica familiar, como de una forma de convivir e introyectar en él los valores y las normas sociales de su grupo familiar.

El niño al saberse “protegido y amado” por sus padres aprende esta forma de “amar”, donde el amor se condiciona a su buen comportamiento, su sumisión al poder del más fuerte o del líder, su alegría depende de la alegría de otro, su confianza siempre estará en manos de otro, establecerá sus futuras relaciones bajo esos parámetros.

Los padres pueden pensar que todo lo hacen por el bien de sus hijos, al procurarlos y formarlos de acuerdo a como fueron procurados y educados, sin embargo, es esta forma de educación la que no les permite darse cuenta que existen otras formas de educar, ya que los menores ahora se enfrentan a otros medios de información y formación, o alienación, que los llevan a cuestionar su realidad o a mirarla desde otra perspectiva que puede no corresponder a su cultura.

Hoy en día los menores son expuestos a los medios masivos de comunicación, que sin la vigilancia y guía de los padres pueden convertirse en una pésima influencia para su desarrollo, porque los niños reproducirán lo aprendido o visto en los programas televisivos como si lo hubieran visto en casa.

La mayoría de los programas televisivos están plagados de violencia, de relaciones donde alguien somete o daña a otras personas, donde los valores se encuentran trastocados, generándose antivalores; los niños observan cómo un delincuente justifica su conducta y sale victorioso, o panoramas donde no necesitas trabajar o estudiar para tener éxito, o bien, donde las niñas son cenicientas y los niños antihéroes.

La violencia social también se encuentra a su alcance debido a la difusión que se le hace a través de los medios masivos de comunicación, pues es tal el bombardeo de información criminal que para los menores se vuelve algo cotidiano, con ello, le van restando importancia a dichos sucesos.

Ahora bien, el niño al ingresar a la escuela amplía su universo social y confronta su manera de ser con la de otros, y es en la escuela donde desarrolla habilidades sociales que lo harán o no integrarse a nuevos grupos sociales.

El papel de los maestros en esta etapa es decisivo, pues el menor confronta su mundo con el mundo de sus compañeros; ahora, además, con el mundo presentado en las redes sociales y en los medios masivos de comunicación, por lo que es de vital importancia el papel del profesor, no solo como trasmisor de información, sino también para orientar a los alumnos en la búsqueda de información y en el análisis que de ella hagan para utilizarla e interpretarla de una manera más adecuada.

La labor de la escuela debe transformarse, dejar de lado métodos verticales autoritarios y transmisores de “verdad”. La escuela debe ser más democrática, con una disciplina más enfocada a coordinar los derechos con los deberes de manera eficaz, donde los alumnos aprendan a defender sus derechos sin descuidar los deberes que se adquieren al ser parte de una sociedad, una educación más coherente con la realidad que se vive, que genere alumnos mayormente participativos de su acontecer social.

Nuestras escuelas deben estar atentas a la violencia que se genera dentro de sus paredes, pues hoy por hoy el bullying ya forma parte de las relaciones entre escolares, aunque esto no es algo nuevo, es una realidad que ha existido siempre, pero cuyas manifestaciones cada día son más alarmantes, ya que al salirse de contexto requiere que los profesores tomen cartas en el asunto de una manera más activa mediante un plan de acciones que abarque el reconocimiento de que existe y el impacto que tiene en la comunidad escolar, promoviendo la cultura de la denuncia para evitar que se replique, que se analicen esas conductas y se consense su erradicación, para así combatir la permisividad de la violencia entre iguales (el clásico “si te pegan pega” o algo peor, “si te dejas te pego”).

La violencia en la escuela afecta a los menores, ya sean víctimas, agresores o espectadores, porque en todos deja una marca que definirá sus relaciones sociales. Esta marca dejada por este tipo de violencia social afectará en su vida futura, a las víctimas las hará inseguras, temerosas, con baja autoestima, o tal vez generen sentimientos de ira e impotencia que puede desencadenar en eventos como los ocurridos en escuelas de Estados Unidos. Mientras que a los agresores los llevará a una pérdida de conciencia moral, a identificarse con la violencia como único medio de obtener algo, a abusar de su fuerza cada vez con mayor frecuencia. Y a los espectadores les producirá sentimientos encontrados, por un lado miedo a ser sujetos de abuso, por otro, ira ante el abuso, y lo más preocupante, apatía o risa, a tener poca solidaridad, a ser permisivos y tolerantes ante el abuso.

La violencia escolar es una conducta que debemos erradicar, ya que día a día se convierte en una forma de interrelación y va desde la violencia sutil hasta la directa. Si este problema no se atiende en las aulas podríamos hacer que se justifique y se convierta en una forma de “hacerse más fuerte”. Debemos evitar por escudar al agresor de manera sutil y de condenar a la víctima, se debe tener cuidado en no crear antihéroes entre los menores, pues ellos fácilmente etiquetan al agresor o al abusador como un líder que no tiene miedo, y esto legitima el abuso como algo positivo que acarrea popularidad.

De igual forma, la violencia se da en la sociedad, en todos los grupos sociales se legitima el abuso y se pierde terreno en la generación de valores como el respeto, la tolerancia, la solidaridad, la amistad y el amor.



Imagen tomada de: <https://aldiaargentina.microjuris.com/2016/09/15/reflexiones-sobre-los-alimentos-provisorios-en-el-procedimiento-de-violencia-familiar/>